

BANCO MERCANTIL
Fundación Nod Noa

hacen posible esta publicación

Ensayo

Siete fragmentos que su autora, Stefania Mosca, enumera bajo el título de *Borde*, constituyen el resultado de una compleja reflexión sobre el cuerpo y los otros territorios que lo rodean: "lo real", "el mundo", dice ella. Este texto fue presentado en la "IV Bienal Mariano Picón Salas"

Creación

Rosa Beltrán es narradora, crítica literaria y ensayista mexicana de las más recientes generaciones. Su novela, *La corte de los ilusos*, obtuvo el premio Planeta en 1995. *A Amores que matan* corresponde el "Réquiem (amor de madres)" que hoy presentamos: un relato de oscuro humor y no poco desenfado

Anima Mundi

Desde una zona de la Sierra de Santa Marta, Colombia, los *Kogis*, una cultura ancestral, nos alertan sobre los daños profundos que está sufriendo nuestro planeta madre a causa de nuestra irresponsable acción sobre su equilibrio vital



"El corazón del mundo"

ANA TERESA TORRES, UNA NOVELISTA QUE CREE EN EL FRACASO

El sufrimiento está guardado en alguna parte

María Ramírez Ribes

En plena era posthumanista, Ana Teresa Torres se atreve a escribir contra el olvido, ese titán que amenaza con devorar la memoria individual y colectiva, la historia misma. Y es aun más subversiva: le interesa recuperar la noción de fracaso y el sufrimiento que entraña: dos sentimientos que pocos osan recordar. Unos seres oblicuos, los personajes femeninos que pueblan su narrativa, se encargan de hacer realidad su proyecto. Ella, que además de escritora es psicoanalista, sabe informar sobre estas difíciles opciones de la ficción



ESSO ALVAREZ

Ana Teresa Torres: "Más que para establecer la crónica de la intimidad, la mirada de la mujer contemporánea me parece entrenada para observar el vacío"

Al leer las obras de Ana Teresa Torres uno pensaría que la realidad y la ficción han estado tan intrínsecamente unidas en ella que resulta difícil trazar una línea divisoria. Quizás la práctica psicoanalítica ayudó a entrelazar los sueños y la historia. Sueños de mujeres en épocas del pasado de Venezuela. Convivencia cotidiana con el peso y la liviandad de las palabras, con toda su carga significativa y sus posibles analogías. La historia de una vida o la historia de un país están presentes en su obra a través de unos ojos femeninos. Voces que conducen a otras voces hasta enhebrar la trama. Una saga familiar o el relato de una mujer que es también el ansia de recuperar la memoria de un país. En Caracas, donde vive y escribe, pudimos conversar.

—Una vez te escuché hablar de la escritura como el ejercicio de dar sentido a los desechos de la vida. ¿Podrías ampliar esta idea?

—Dice Borges en Funes el memorioso que recordar es un verbo sagrado, y la memoria, "un vaciadero de basuras". La tarea del que recuerda es similar a la de quien hurga en el vaciadero de lo inútil, de lo desechado, de los residuos. Se entra en ese basural a recoger lo que han dejado allí para darle un lugar honroso, para vivificarlo. En ese sentido, es sagrado. El novelista contemporáneo puede escribir desde cualquier lugar, desde cualquier momento, y esta libertad produce vértigo. No hay nada imposible en materia narrativa y ese abismo es como el que define Borges en la memoria absoluta de Ireneo Funes: el temor de escribir "un inútil catálogo mental", ese es a mi modo de ver el mayor riesgo de la escritura contemporánea, la sensación de que cualquier tema es igualmente válido o banal, de que cualquier perspectiva es igualmente legítima o insuficiente. No puede ya pedirle a la novela que abra nuevos campos a la fantasía o a la imaginación porque vivimos en un mundo de innovaciones perpetuas. Somos como Funes, los predestinados a tener una percepción absoluta, una información total, y como tal cosa no es posible, sufrimos el despojo de que la existencia transcurre ante nosotros, pero tanta y tan rápida que no sabemos de ella. Apenas nos toca, nos abandona.

Esa información total va dejando en el basural de los residuos toneladas de acontecimientos sin sentido, va despojándonos de la historia que transcurre todos los días, va situando al ciudadano en la posición de espectador fragmentario que no puede interpretar su tiempo. Por este acceso es que me parece interesante escribir contra el olvido. Rememoralizar; volver sobre lo sucedido para ver si en los intersticios aparece un sentido.

Quien escribe novelas no puede centrar su interés en contar de nuevo los hechos ya reseñados, esto sería una repetición absolutamente inútil. Si va al basural, va buscando los desechos, los escombros, los desperdicios. Va buscando una cierta verdad, una verdad de sentido, una verdad estética. Personalmente lo que me interesa contar, lo que me interesa reconstruir, y lo que busco en los vestigios de ese basural, son los temas de orilla, de borde, los temas que se olvidan. Por supuesto que la vida de las mujeres es casi siempre una vida en las orillas porque no ha sido aún suficientemente centrada en el discurso. Pero no es el único caso. Me interesa esa cuota desperdiciada de la existencia que se va perdiendo y muy especialmente el tema del fracaso. El fracaso me parece que puede convertirse en una palabra subversiva porque todo está orientado en función del logro, del éxito, del triunfo. Todos nos avergonzamos de no triunfar y el discurso social trata permanentemente de borrar el fracaso de sus proyectos y de minimizar la cuota de sufrimiento y de dolor que cuesta ese fracaso. Quizás por ello, la escritura, como

uno de los posibles escenarios en los que se plantea la recuperación, no ha procedido en la novelística venezolana reciente por la vía de la denuncia, o de la presentación de hechos históricos concretos. Ha seguido más bien un trabajo de tela de araña, de pequeña excavación, como si temiera la pérdida, no de lo ocurrido que pertenece al pasado, sino, precisamente, del mismo presente despojado.

—Venezuela es un caso extremo en América Latina de pérdida de raíces. Tú lo reflejas muy bien tanto en *El exilio del tiempo* como en *Doña Inés contra el olvido*, en donde la propia Doña Inés dice: "Nada hay ya en Caracas que me sea propio. Tumbaron todas las casas que alguna vez visité...". Sabemos que aquí en Caracas ya no quedan casi piedras que recuerden el pasado. ¿Puede llegar a construirse el futuro sin esa memoria?

—Pensando en la Venezuela contemporánea creo que tiene mucho que ver con la velocidad que le impuso al ritmo social la riqueza petrolera. No todo, en esta velocidad, puede considerarse negativo en términos sociales. Sin duda, Venezuela es el país de mayor movilidad social de América Latina; por ser una economía que ha importado la casi totalidad de sus bienes y servicios tecnológicos, ha configurado un perfil de ciudadano cosmopolita. Este sería el lado positivo; el lado negativo es que ha perdido su diálogo con la tradición. El diálogo entre tradición y modernidad me parece fundamental. Si lo veo en términos individuales, pienso que una persona no puede ser solamente lo que es en este momento, sino precisamente el precipitado de lo que es, de lo que fue, de cómo lo ha llegado a ser. Si no es así, me parece que se produce un despojo de la identidad, y esa condición la encuentro muy patente en la sociedad venezolana. No es solamente que no queden las piedras, como íconos del pasado, es también en el despojo de la memoria escrita que se ha llevado a cabo, y sobre todo, en la actitud de desprecio hacia el pasado que se respira en el discurso. Creo que es el resultado de un país que entró en el siglo XX desde la posición de poder desprenderse de lo

viejo porque estaba en condiciones de comprar lo nuevo.

—En *Doña Inés contra el olvido* se presenta la panorámica de un país, en el que, a lo largo de sus tres siglos de historia, los esfuerzos constructivos parecen desplomarse. ¿Ha cambiado realmente el pulso de la vida nacional en esta última parte del siglo XX?

—Sería absurdo decir que nada ha cambiado en Venezuela desde la época en que habla Doña Inés hasta el presente, sin embargo, una tendencia que encuentro persistente en nuestra historia es la dificultad de construcción. El esfuerzo constructivo está, y se aprecia en la gente, en su trabajo, en su vida, pero éste es un país, como lo definió Adriano González León, "portátil". Un país que ha pensado más en los proyectos que en las realizaciones, que se diluye mucho en proyectar grandes metas, y que minimiza lo cotidiano, el pequeño esfuerzo, la continuidad.

Por otra parte lo construido ha tenido siempre enemigos: en Doña Inés..., están representados por la violencia bélica pero en la Venezuela contemporánea por la politización de la vida pública. Todos sabemos lo difícil que resulta que un gobierno dé continuidad a lo comenzado por otro, y cómo importantes proyectos se han desvanecido por haber sido generados en el "gobierno anterior". Esta es una fuente de permanente frustración para la sociedad.

Es necesario insistir, sin embargo, en que la visión crítica que puede desprenderse de mis novelas no niega las transformaciones del país.

—Ya las obras de Francisco Herrera Luque habían enfatizado la influencia que el desequilibrio individual puede tener en el desarrollo social. Tus obras, de una cierta manera no se apartan de este mensaje. ¿Cuáles serían los rasgos de la psicopatía venezolana?

—Creo que es necesario insertar algunas diferencias de criterio entre Herrera Luque y mis propias consideraciones. Ambos llegamos a la literatura desde campos similares, puesto que él era médico y psiquiatra, y yo, psicóloga y psicoanalista. Por otra parte fuimos

grandes amigos, razón por la cual tuvimos muchas oportunidades de dialogar acerca de nuestra preocupación común: el país. Herrera Luque, en una de sus primeras obras, *Viajeros de Indias*, expuso una teoría según la cual la "carga psicopática" del venezolano provenía de aquellos que desde el siglo XVI emigraron a América, es decir, de una de nuestras identidades: la herencia española. Estos sujetos fueron vistos en esta obra como delincuentes o locos. A la luz de un criterio contemporáneo resultaría difícil sostener esa categoría, porque, ¿qué se consideraba delincuente o loco en el siglo XVI? Las construcciones sociales se producen en el tiempo y por lo tanto es muy riesgoso hablar de "delincuente" o de "loco" sin tomar en cuenta esas importantes diferencias de construcción. Es posible que en el siglo XVI un campesino que no entregara a su señor el producto de su cosecha, fuese considerado un delincuente. Una mujer adúltera era una delincuente. Un judío que practicara su religión era un delincuente. Y así podríamos dar muchos ejemplos, de modo que la leyenda negra de que a América, o concretamente a Venezuela, vinieron psicópatas y delincuentes es insostenible a la luz del pensamiento contemporáneo.

Por otro lado, la complejidad de la Venezuela de hoy, un país que ha recibido contingentes migratorios de casi todo el mundo, y que se constituye en múltiples identidades étnicas, sociales, religiosas, no podría ya explicarse a la luz de la "carga psicopática" de unos pobladores, sin duda importantes en la construcción nacional, pero también muy lejanos.

Creo que ninguna sociedad es buena por sí misma, es decir, que la tendencia del ser humano es a producir su propia voluntad sin considerar a los otros, y que sólo la ley impide que eso sea así. La diferencia entre la sociedad venezolana y otras en las cuales el ordenamiento jurídico sea respetado, tiene que ver fundamentalmente con que a ese ordenamiento no se le da categoría de ley sino de poder. El poder que ejerce quien lo detenta, lo que lleva, por supuesto, a la arbitrariedad, a lo que conocemos como corrupción. Pienso que

la iluminación de estos factores es necesario buscarla en los historiadores, pero, en mi criterio, la respuesta viene por el lado de que el poder en Venezuela se ha ejercido con un criterio personalista y no institucionalista, que el país ha sido visto como una hacienda o un campo petrolero personal.

—*Vagas desaparecidas* presenta la historia de unos seres que parecieran estar incapacitados para responder a las dificultades de la cotidianidad. ¿Crees que existe algún tipo de fatalismo que impone la sociedad o es más bien falta de determinación en vencer los obstáculos?

—En verdad pienso que toda existencia conlleva una buena dosis de fracaso. Es una postura, si se quiere, filosófica. La aspiración de plenitud y la imposibilidad de la misma está en el corazón de todos. Sobre esa fisura, ese desdoblamiento, creo que todos nos constituimos, y es un punto de mira intermedio para un novelista. La ética contemporánea es una ética del éxito, para el cual hay siempre un *know how*. Cómo hacer amigos, cómo hacer dieta y tener un cuerpo escultural, cómo ser feliz, cómo ser eficiente, etc., etc. En *Vagas desaparecidas* hay una propuesta diferente. La propuesta de que los seres que están encerrados en el pequeño universo de una clínica de enfermos mentales, logran una cierta felicidad personal fuera de ese mundo que les propone metas que no pueden cumplir, por eso los capítulos correspondientes se titulan "La felicidad detrás del olvido", es decir, la felicidad a la que se puede llegar si se olvidan los patrones de la cultura del éxito. Hay en esto una metáfora, y es que todos, aun cuando vivamos dentro de un entorno de cierta prosperidad y satisfacción de nuestras metas, existimos también dentro de un pequeño mundo en el cual nos protegemos de una intemperie muy hostil.

—En esta novela parece decirse que la locura no está solamente en el interior de los psiquiátricos sino también fuera de ellos. ¿Lo piensas así?

—La novela tiene, como todas las que he escrito, una respuesta crítica que es mi mirada hacia el mundo. Lo que quería subrayar es que esos personajes son personas bastante normales. No son unos seres enfermos, degenerados, incapaces. Son como todo el mundo, sólo que unos tenemos más posibilidad de luchar y otros menos. En cierta forma, yo concibo esta novela como una metáfora del fracaso. La clínica psiquiátrica es un depósito en el cual la sociedad encierra su locura para tener la sensación de que la controla, de que el sufrimiento está guardado en alguna parte. Es un depósito de nuestros fracasos, del fracaso de la sociedad misma en generar el bienestar para los individuos.

—¿No hay mucho del síndrome de la víctima en eso de estar echándole la culpa al otro?

—Es una pregunta difícil que es necesario matizar muy bien. En el plano individual existe, por supuesto, "el síndrome de la víctima", la respuesta neurótica de un sujeto que no quiere asumir su responsabilidad y la consecuencia de sus acciones, y que por lo tanto, necesita volcar en los otros las causas de sus fracasos. Pero, paralelamente, tengo la visión de que la sociedad no se asienta sobre los ideales de justicia o solidaridad, y que ha sido necesario una larga evolución de la humanidad para que esos ideales se hagan sentir a través de las leyes, es decir, para que los derechos y los deberes sean respaldados por el ordenamiento jurídico. Si eso no es así, es decir, si la dinámica social se mueve por la ley del más fuerte, entonces produce víctimas y victimarios.

La violencia bélica y terrorista de la que somos testigos en este fin de siglo, indica que la humanidad sigue actuando bajo la ley del más fuerte, bajo la

El sufrimiento...

→ viene de la página 1

tentación del dominio de unos grupos sobre otros, y aun en los países donde no se producen conflictos violentos organizados, como sería el caso de Venezuela, asistimos a la imposición de la violencia, del abuso, del despojo. De esa manera, desde el punto de vista individual, no todos los individuos enfrentan la existencia con los mismos recursos.

—En tus siguientes novelas, *Malena de cinco mundos* y *Goce ajeno*, pareces haber cambiado de escenario y te diriges más hacia un tema erótico y amoroso. La protagonista de *Goce ajeno* se pregunta si el amor se impone o necesita de una cierta voluntad de amar. ¿Qué dirías sobre eso?

—Ocurre que esta novela, en la medida en que está situada dentro de un escenario gótico, se permite algunas digresiones literarias, un cierto diálogo, con la tradición poética medieval, y en ese sentido hace alusión al concepto de amor en la sociedad cristiana occidental. Este tema de la evolución de los conceptos eróticos me ha interesado siempre. En cuanto a la pregunta, pienso que el amor, como experiencia subjetiva, es un cierto estado de conciencia que sobreviene al individuo. Sin embargo, hay en la aceptación de ese estado una afirmación o una negación del mismo, que deja el sujeto dentro de una posibilidad de elección. De per-

manecer, de cultivar ese estado o de intentar desecharlo.

—¿Está perdiendo el individuo contemporáneo la capacidad de amar?

—El amor es un concepto que tiene mucho que ver con el humanismo, con el papel protagónico del individuo en el cosmos, con la valoración de la subjetividad humana. La cultura postmoderna en la que vivimos es el fin del humanismo, la cancelación del individuo como centro o eje del cosmos. La tendencia en ese sentido es hacia un erotismo fragmentario y dividido, tal como es el sujeto posthumanista. Me parece que este tema lo recojo en *Malena...*, en la medida en que la novela ofrece una visión histórica de la mujer. En los diálogos de la protagonista con otras mujeres de nuevas generaciones, creo que se plantean estos cambios del concepto amoroso. Cuando hablamos de amor, nos remitimos a la tradición romántica, a la exaltación de la vivencia amorosa, lo que sin duda es un concepto en vía de extinción.

—En *El exilio del tiempo*, en *Doña Inés contra el olvido*, en *Goce ajeno*, y en *Malena de cinco mundos*, e incluso en las obras de corte psicoanalítico que has escrito como *El amor como síntoma*, la mirada femenina ha estado muy presente en tu escritura. ¿Cuál es el mayor aporte de esa mirada?

La mujer como actor social tiene una condición excluida en el discurso; no aparece en

la historia con representación propia y eso le permite meterse por otros caminos, le permite ver los acontecimientos desde esa mirada oblicua que tiene el sujeto que no es protagonista, y le permite contar otra historia. Dar otra versión porque el punto de mira ha cambiado. Ve desde otro lugar y ve otras cosas.

La mujer, en el proceso de ocupar un espacio propio en el discurso social, tiene que partir de un lugar históricamente negado. Su nostalgia, por lo tanto, no es la recuperación del paraíso perdido, sino, por el contrario, la constatación de una carencia como sujeto simbólico, en la que reconoce la precariedad de los otros. Más que para establecer la crónica de la intimidad, la mirada de la mujer contemporánea me parece entrenada para observar el vacío, la negatividad, la distancia entre lo declarativo y manifiesto con respecto a lo implícito y latente.

Laura Antillano, también novelista venezolana, me comentó una vez que las mujeres miramos de lado. Esa mirada de lado es la del niño del cuento "El rey está desnudo", la mirada que puede ver lo que no se ha dicho, lo que se ha ocultado, siendo a la vez tan evidente. La mujer está acostumbrada a no creer en un discurso que la excluye, a saber percibir constantemente que su representación está ausente. Está acostumbrada a descifrar la parodia, a no hacerle mucho



“La cultura postmoderna en la que vivimos es el fin del humanismo”

caso a la fanfarria. Tiene una mirada iconoclasta porque sabe que la estatua es siempre fálica. Es una manera de mirar y probablemente una manera de recordar.